

OVERWATCH®

VALKIRIA



UN RELATO CORTO DE MICHAEL CHU

VALKIRIA



HISTORIA
MICHAEL CHU

ILUSTRACIONES
NESSKAIN

DISEÑO ORIGINAL Y ASPECTO DE DOCTORA
ZIEGLER DE MERCY
ARNOLD TSANG

MODELO DE DOCTORA ZIEGLER DE MERCY
HONG-CHAN LIM

MODELO ORIGINAL DE MERCY
HAI PHAN

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
BENJAMIN SCANLON



VALKIRIA

Ojalá recordase lo último que me dijo mi madre antes de salir por la puerta con mi padre hace tantos años. Era una mañana fría y gris, nublada por una pesada bruma incluso en mis recuerdos. Fue la última vez que vi a mis padres con vida. Habían estado trabajando como voluntarios en un hospital de la zona, luchando contra las secuelas de los devastadores ataques lanzados contra Suiza cuando las huestes ómnicas asolaron Europa. Mis padres murieron allí durante un ataque aéreo. Nunca nos permitimos creer que las personas a las que amamos van a desaparecer y casi nunca estamos preparados para decir adiós cuando lo hacen. En los días posteriores, la gente me aseguraba que el dolor iría aminorándose con el tiempo, pero aún hoy regresa renovado al menor recuerdo.

Igual que en días como estos, en los que he estado trabajando en el campamento de socorro a las afueras de El Cairo. Cada día, la magnitud de los problemas que afrontamos parece infranqueable. He vivido en Egipto la mayor parte de los dos últimos años, pero solo ha sido uno de mis muchos hogares desde que dejé de ser jefa de investigación médica en Overwatch. El daño a mi reputación profesional fue tal que necesitaba un cambio. Pasé por Polonia, Corea del Sur y Venezuela, donde la gente solo me conocía como Dra. Angela Ziegler y no como Mercy. Los proyectos a los que había dedicado casi una década de mi vida habían sido descartados, vendidos o reasignados sin que yo pudiese hacer nada. Los pocos amigos que tenía en Overwatch se habían desperdigado.



Sé que Lena ha seguido ayudando en lo que ha podido pese a todo lo que ha ocurrido, pese a los riesgos. Reinhardt está recorriendo Europa con la pobre Brigitte a rastras, mientras que Sojourn se mantiene oculta en Canadá. Y, por supuesto, Genji siempre está ocupado. Lo último que supe de él es que volvía a casa para buscar a su hermano. Seguramente, Torbjörn sea el más inteligente de todos, porque ha vuelto a Gotemburgo para disfrutar de la jubilación con Ingrid. Sin embargo, fuese donde fuese, yo sentía los ecos de Overwatch y también mi propia culpa por los problemas que habíamos dejado atrás cuando todo se vino abajo. Eso es lo que me llevó hasta Egipto. Overwatch era responsable de buena parte del sufrimiento del país y yo tenía que ayudar a aplacarlo. Por desgracia, no me recibieron bien. «Vuelve a casa —me decían—, aquí ya has causado suficiente daño».

Lo cierto es que, en una época de necesidad, la gente sigue esperando que acudamos en su ayuda, aunque nos reciban con insultos.

No me hice doctora para recibir palabras de agradecimiento.



Jack Morrison no tenía mal aspecto para ser un hombre muerto. La muerte no le había pulido la mandíbula recta ni había acabado con la inocencia candorosa que le daba una apariencia de pintura costumbrista hecha realidad, pese a las cicatrices que cruzaban su rostro. Yo era consciente de que sus mayores heridas eran mentales, a pesar del corte purulento en la espalda. Era lo que lo había llevado a mi austero apartamento junto al zoco Jan el-Jalili. Cuando intenté sonsacarle información, se mostró tan taciturno como de costumbre; siempre había sido el ejemplo perfecto de paciente difícil.

—La terquedad es lo único que podría acabar con su vida —dijo una voz desde la cocina.

Su dueña, Ana Amari, estaba registrando los armarios de mi cocina en busca de té como si fueran suyos. Parecía que Morrison no era el único protagonista de una recuperación milagrosa: todos habíamos pensado que Ana había sido víctima de un francotirador en Polonia, pero ahí estaba. Había envejecido y adelgazado, una muestra de debilidad que, por primera vez en nuestras vidas, me hacía pensar que era mortal. Aún conservaba la rígida postura de militar, pero ya no era tan dura y mostraba una nueva fragilidad que no le recordaba de antes.

—Puedo hacer unas pruebas, pero no tengo el equipo necesario aquí —comenté mientras le aplicaba a Jack un spray anestésico y cicatrizante en la espalda—. Esto es un campamento de socorro, no un laboratorio genético.

—No nos sobra tiempo —replicó Morrison con sequedad—. Dame unos botiquines. Me los apañaré.

—Voy a ver lo que puedo conseguir.

Pensé en las tres granadas bióticas que llevaba él y los dardos de la cartuchera de Amari; era material robado de Overwatch o, en el caso de los dardos, una adaptación de mi tecnología que se había fabricado sin mi permiso, un ejemplo más de cómo mi estancia en Overwatch no había transcurrido como yo esperaba. Me sorprendió mi enfado: debería haberme alegrado de saber que Jack y Ana estaban vivos, pero eran una manifestación física de algo de lo que estaba intentando huir, y pude notar cómo se levantaba un muro entre todo lo que significaba su aparición, fuera lo que fuese, y yo.

Hurgué en las cajas de suministros que conformaban la mayor parte del mobiliario de mi salón. Había sobre todo rollos de vendas, botes de antibióticos sin abrir y diverso equipo médico; no servía de mucho para la situación de Morrison. La huella de Overwatch era tan descomunal que, incluso entonces, años después de su disolución, aún se notaba en todas partes, desde las ruinosas infraestructuras de Egipto hasta la mundana familiaridad de un paquete celeste de vendas. Para ser sincera, la idea de que podía escapar de Overwatch había sido, como poco... optimista.

Jack comenzó a sacar cosas de algunas cajas de suministros y a amontonarlas a su lado.

—¿Qué estás haciendo aquí, Angela?

—Buscar botiquines —contesté—, tal como me has pedido.

—No me refiero a eso —dijo mientras le daba vueltas con expresión inquisitiva a un escáner médico especialmente caro—. ¿Qué estás haciendo aquí en El Cairo?

—Es delicado —Con una mirada fulminante, le quité el aparato y lo arrojé en su caja, donde aterrizó con un ruido que me dibujó una mueca en la cara. Exhalé un suspiro que, sin darme cuenta, había estado conteniendo—. Aquí hay gente que necesita ayuda.

¿Que qué estaba haciendo allí? Yo pensaba que ayudar a gente que me necesitaba. Egipto tenía muchos problemas, muy poca gente dispuesta a ayudar

y demasiados buitres al acecho de la sociedad. No era tan glamuroso ni tan emocionante como mis anteriores trabajos, pero al menos era algo inocente y útil.

—¿No estarías mejor en un hospital o en un laboratorio universitario? —preguntó Ana. Al parecer, ya había hallado unas hojas de té de su agrado.

—Resulta que la condición de famosa exagente de Overwatch no es algo que busque la gente en un currículo —repose con brusquedad. Inhalé hondo. Era como si no hubiesen pasado los años y estuviésemos enfrascados en las mismas discusiones acaloradas de la última vez que estuvimos todos juntos—. Quiero pasar inadvertida, no como vosotros dos.

Jack frunció el ceño.

—Al menos, mis enemigos saben que voy a por ellos.

—¿Tus enemigos? —pregunté, incrédula—. El Gobierno de los Estados Unidos, el banco más grande de Alemania y Helix Security. ¿Me he saltado alguno?

—LumériCo —respondió con la temeridad de parecer orgulloso.

—Y la mayor empresa energética de México, dirigida, casualmente, por el expresidente del país, un hombre increíblemente popular al que todos consideran un héroe de guerra. —Suspiré—. Esos enemigos no le traerán nada bueno a tu reputación.

—Los daños colaterales son una parte inevitable de la guerra —dijo Morrison con solemnidad.

—Siempre se te dio bien racionalizar las cosas —respondí. Sabía que, en su antiguo cargo, la flexibilidad mental era crucial para la supervivencia, pero parecía que era un rasgo que había arrastrado hasta su nueva vida.

—Estoy cada vez más cerca de encontrar a los responsables. De encontrar la verdad —dijo con un fervor rayano en la obsesión.

—La verdad —respondí en tono monocorde.

—La verdad sobre lo que le pasó a Overwatch. Sobre Talon. Sobre Suiza... Sobre todo. Esa es mi nueva misión.

—No me parece muy nueva, más allá de las máscaras.

—¿Y qué quieres que haga, entonces? —repuso él—. ¿Volar hasta Gibraltar y unirme a Winston? ¿Te crees que la gente que acabó con Overwatch no va a acabar con él también?

Winston era consciente de que los problemas del mundo se multiplicaban y creía que Overwatch era la solución para todo. No recuerdo que se hubiera preguntado nunca por qué las cosas se habían venido abajo. Era su pasión y la necesitaba demasiado como para darse cuenta de lo mucho que nos había perjudicado y cambiado a todos. Estar en esa habitación con Jack y Ana no hizo más que reforzar la sensación que yo tenía de que seguíamos rotos. Repetir el pasado solo nos conduciría a otro desastre. El mundo no necesitaba eso. Winston tenía buenas intenciones, pero eso no significaba que tuviera razón.

—Deja que Winston se haga el héroe —dijo Jack con tono desdeñoso—, que ya haré yo lo que hay que hacer. Reyes, Ogundimu, Maximilien, Vialli, Sombra, O'Deorain y todos los demás... Me encargaré de ellos.

«Reyes». La mera mención de su nombre me provocó un escalofrío. Pensaba que los tres estaban muertos, Morrison, Amari y Reyes, pero sus fantasmas aún vivían.

—Todos fuimos responsables, Jack. Overwatch ya no existe. Tu venganza personal no cambiará nada.

—Alguien debe hacer que paguen por ello. Haré justicia.

—Justicia —dije con tono de mofa. Era evidente que dolor lo consumía como una enfermedad—. Si sigues así, conseguirás demostrarle al mundo que es cierto que Overwatch se había convertido en lo que temían. Ojalá te dieras cuenta.



La primera vez que entré en la oficina de Morrison, muchos años antes, la situación era bien distinta: estaba entusiasmada e ilusionada, recién llegada de



mi puesto como jefa de cirugía en el hospital universitario de Zúrich. Al principio pensé que había entrado en una exposición. Las paredes estaban cubiertas con fotos de Morrison junto a diversos jefes de Estado, imágenes del equipo de asalto y recuerdos de su carrera militar. Había una estantería con libros (textos históricos en varios volúmenes, incluida una vetusta edición en cuero de *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides, y biografías de destacados generales), todos ellos ordenados con esmero. Sobre el aparador descansaba un tablero de ajedrez con una partida a medio acabar junto a una copia de *Mis 60 mejores partidas*, de Bobby Fischer, con las esquinas de algunas páginas dobladas. Detrás del enorme escritorio estaba sentado el propio Jack Morrison.

—He visto tu disertación; es excelente. Me ha dado una idea —dijo. Se refería al artículo que acababa de publicar sobre sanación nanobiótica. Yo creía que tenía potencial para revolucionar por completo la atención médica; no solo en las salas de reconocimiento, sino en toda la estructura de la profesión. Me costaba tener paciencia y pensaba que Overwatch me había ofrecido una oportunidad para divulgar mis ideas que no estaba al alcance de ninguna otra organización.

—¿La ha leído? —pregunté, incapaz de imaginármelo estudiando una publicación extremadamente técnica que la mayoría de estudiantes de posgrado necesitarían tiempo para asimilar.

—Creo que he captado la esencia —dijo con una risita. Le ahorré la humillación de seguir preguntándole; al fin y al cabo, se disponía a entregarme las llaves del reino.

—Siempre intento que el resumen sea ameno y comprensible —comenté con una sonrisa.

—Angela, quiero que te incorpores a Overwatch como jefa de investigación médica. Con nuestros recursos, podemos ayudarte a desarrollar esa tecnología nanobiótica. Imagina cómo cambiaría las vidas de todos; podrías mejorar la esperanza de vida de todas las personas del mundo.

Ya me lo había imaginado. Con algunos avances en inteligencia artificial y una buena infraestructura de producción, la tecnología biótica podría llegar a todo el planeta. Eso facilitaría el acceso a la atención médica y, quizá, reduciría el tiempo necesario para prestarla. Se crearían nuevos paradigmas de cuidado sanitario. Y Morrison me estaba prometiéndome que lo haría realidad.

—Dinero, recursos, personal... Sé que eres el tipo de persona a la que le gusta hacer las cosas a su manera, y aquí podrías hacerlo. Tú tomas las decisiones; tú pones las reglas.

—Me vendría bien un nuevo ayudante de investigación, comandante —dije—. ¿Tiene alguno por ahí?

—Te sorprenderían las cosas que soy capaz de conseguir —declaró mientras dirigía la vista al patio de abajo desde la ventana. Un grupo de pacificadores con armadura azul en perfecta formación cruzaba el césped—. Tengo soldados más que de sobra. Lo que necesito ahora son pensadores, soñadores. Gente que quiera hacer del mundo un lugar mejor. Es posible que estés a punto de realizar un descubrimiento que podría cambiar la vida de todas las personas del planeta. Quiero convertir eso en realidad y eliminar todos los obstáculos para que puedas centrarte en revolucionar tu campo.

Era una oferta increíble. De hecho, parecía perfecta, pero entonces sonó en mi cabeza la voz que siempre interviene cuando algo suena demasiado bien

para ser cierto. «*All tär inte guld som glimmar*» era una de las frases favoritas de Torbjörn. «No es oro todo lo que reluce». Yo lo cuestionaba todo. Era un hábito que había tenido desde niña, pero mi educación y, quizá, mi cercanía a Torbjörn lo habían reforzado. En su mayor parte, me beneficiaba, ya que me ayudaba en el trabajo científico, pero también hacía que la gente se formase cierta opinión sobre mí.

—Es una oferta generosa, pero tengo algunas reservas —dije.

—Te escucho.

—Quiero centrarme en las aplicaciones civiles y pacíficas de mi trabajo. No quiero crear nada que permita a los comandantes de Overwatch poner a la gente en peligro.

Morrison juntó los dedos de las dos manos.

—La Crisis Ómnica terminó hace ya más de diez años. Overwatch se creó para ganar la guerra, pero ahora me han encomendado una nueva misión: hacer del mundo un lugar mejor. Hemos invertido en investigación en biología, química, infraestructura, climatología... En definitiva, en cualquier proyecto científico que pueda mejorar la vida de las personas. Quiero que formes parte de ello. Podrías ser la responsable de uno de los mayores puntos de inflexión para la humanidad desde la creación de los ómnicos.

Al observar a Morrison, con su corte de pelo reglamentario y sus medallas, no veía más que a un soldado. Hasta su postura lo delataba. Era como si acertase a ver los hilos que le habían cosido para ponerlo firme; unos hilos tejidos durante toda una vida de formación militar. Era un soldado con el don de creer en sus órdenes. Si yo tenía la oportunidad de dejar huella en el mundo, de dejar huella de verdad, ¿no era mi deber hacer cuanto estuviese en mi mano para conseguirlo? Conocía a Morrison desde hacía mucho tiempo; era una persona que había hecho mucho bien y para la que trabajaban muchas buenas personas que lo respetaban. Estaba segura de que creía lo que decía. Es más, yo misma quería creerlo.

—Sé cuáles son tus valores, Angela. Te conozco desde hace muchos años. Sería un honor que colaborases con nosotros —me aseguró—. Se acabó lo de solicitar becas y regatear para comprar nuevo equipo. Tendrás todo lo que quieras, te doy mi palabra.

—¿Y ayudantes? —pregunté con una sonrisa.

—Todos los que necesites.



Me había quedado dormida en mi escritorio cuando, de repente, me despertó una explosión. Fue como si el propio suelo exhalase un suspiro, seguido por varios impactos más leves que sacudieron las ventanas en sus marcos. Las luces parpadearon. Sentí cómo retumbaba el sordo impacto de los truenos en la distancia. Sin embargo, como bien sabe quien haya vivido un conflicto bélico, una cosa es el mal tiempo y otra, la guerra. Me vestí rápidamente, pues había vivido el tiempo suficiente en El Cairo para saber lo que seguía al ruido de truenos. Tendríamos que preparar el campamento para recibir pacientes.

Poco después, aparecieron Morrison y Ana por el pasillo como dos espectros en la penumbra. Sus rostros habían sido sustituidos por máscaras y sus únicas expresiones eran una línea roja y un diamante azul, ambos iluminados.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Se ha producido un ataque contra las instalaciones de Anubis. Tenemos que ir. Ya —respondió Morrison. Su voz sonaba distorsionada por un mecanismo de la máscara que la manipulaba y borraba cualquier rastro de humanidad.

—Helix controlará la situación. Lo único que vais a conseguir es quedaros atrapados en el fuego cruzado.

—Es Talon —afirmó. Yo conocía aquel tono. No habría forma de convencerlo.

—Angela, ya hay gente ahí fuera atrapada en el fuego cruzado —dijo Ana antes de que yo tuviera tiempo de protestar—. Necesitan una ayuda que Helix no les va a prestar. ¿Vas a venir con nosotros?

Era más consciente que nadie de que El Cairo necesitaba atención urgente. Los últimos ataques habían dejado un rastro de destrucción del que gran parte de la ciudad aún estaba intentando recuperarse. Tenía gente en el campamento que había tenido que abandonar su hogar o había resultado herida durante el último brote de violencia. En teoría, Helix era una fuerza de paz, pero para mí no eran más que mercenarios. Les pagaban para proteger los intereses del Gobierno, no de su gente: el sustituto de Overwatch que cabía esperar. Lo mejor sería que me quedase en el campamento. Debía dejarlo todo listo para atender a una multitud de heridos. Era lo que tenía que hacer y lo sabía.

—Voy.

Guardaba el traje Valkiria en una gran caja de embalaje. Los cierres biométricos se abrieron con un gratificante susurro metálico. Saqué los componentes: el peto, el visor de comunicaciones y escáner, las cargas bióticas, el sistema de propulsión y el bastón. Cada uno iba en su funda de gomaespuma adaptada para el transporte. Llevaban un tiempo inactivos. Al pasar la mano por encima del peto blanco para levantarlo de su molde, me di cuenta de que aún se notaba el deterioro del servicio: rasguños, abolladuras y otros recuerdos de lo peligroso que había sido todo. Cerré los broches y, al activarse, el traje se amoldó a mi cuerpo. Los asideros del bastón tenían la forma de mis manos, marcadas al aferrarlo en situaciones desesperadas. El auricular y la unidad de procesamiento conformaban la columna vertebral del traje, el sistema nervioso que me aportaba toda la información que necesitaba.

Aún me quedaba bien, pero había olvidado lo que pesaba.



Hay cosas que no puedes comprender hasta que vuelas. El vuelo había ampliado las perspectivas de todos los miembros del equipo de asalto: Lena había sido piloto y Winston había viajado desde la Luna en su nave. Los astronautas

dicen que su forma de ver la vida cambia radicalmente una vez que ven la Tierra desde el espacio. Pero ninguno había volado como yo.

Por debajo de mí, El Cairo se extendía hasta el horizonte: una ciudad verde teñida de marrón tras una década de desgracias. Las nuevas instalaciones agrotecnológicas a lo largo del Nilo estaban empezando a devolverle la vida al río. En sus orillas había paneles solares y vastas granjas de baterías que almacenaban más energía de la que podía consumir el país. La civilización había florecido desde las aguas del río, pero ni siquiera yo creía que su situación actual fuera permanente. Las pirámides, erguidas por encima del resto de la ciudad, eran como unos centinelas que sobrevivirían hasta un futuro inimaginable.

A su sombra, un campo de batalla.

Nos dirigimos hacia el lugar del ataque. Varias unidades de Helix Security estaban en plena batalla campal contra tropas de Talon mientras unas naves rojinegras acechaban por encima como aves de presa. Atisbé las humaredas que delataban el despliegue de sus unidades blindadas Raptora. No me preocupaban, pues sus médicos se ocuparían de ellos, pero me estremecí al pensar en la destrucción provocada por los cohetes que volaban hacia la batalla. Debajo de mí, los dos viejos soldados camuflaban su avance por las calles oscuras. Pese a su chaqueta roja y azul, no era fácil detectar a Morrison, cosa que me sorprendió. No era normal verlo así. Nunca antes había recurrido a los subterfugios. De no ser por el equipo de escáneres del Valkiria, habría sido invisible para mí.

Pero, claro, las batallas siempre me han resultado confusas. Las ofensivas, el posicionamiento, las tácticas... Es algo que procuro desterrar de mi mente. Ya están los demás para eso. Mi deber es centrarme en la tarea que me ocupa: salvar vidas. Había civiles tratando de evacuar la zona. Mi visor estaba salpicado con las marcas vitales de la gente presente: un barullo intenso y apremiante que debía descifrar. Identifiqué a Jack y a Ana, enzarzados en un tiroteo con los enormes soldados de Talon.

Nunca había querido ser Mercy. Es algo que me impusieron. El traje Valkiria tenía el objetivo de demostrar que mi tecnología funcionaba. No obstante, sabía cómo me veían los demás y sabía que mis compañeros querían verme trabajar a su lado. Y, así, poco a poco, la Dra. Ziegler se fue apartando para que Mercy ocupase su lugar.

Morrison arremetió con salvaje violencia mientras Ana observaba desde arriba. Los soldados de Talon, con sus máscaras rojas y blancas, estaban por todas partes, y los de Helix, de uniforme azul, parecían acorralados. De improviso, una serie de explosiones desgarró la oscuridad y mi mirada se clavó en una masa más oscura que la propia noche. De su interior surgió una figura negra que vomitó una tormenta de balas desde su centro y mis dos viejos camaradas se ocultaron para cubrirse.

—¿Qué es eso? —dije con la respiración entrecortada.

—*Gabriel.*

La intensidad de la voz de Jack me sobrecogió. Una docena de preguntas se apelotonaron de golpe en mi mente, pero las aparqué de momento.

—No estamos aquí por eso, Morrison. Tenemos gente a la que salvar.

—Ese es tu trabajo, doctora; este es el nuestro —dijo, y la comunicación se cortó.

Los vi desaparecer entre la asfixiante neblina, con Morrison delante y Ana cubriéndole la espalda con cautela.

Pero tenía razón. No podía preocuparme por ellos mientras tuviese cosas que hacer.

Talon no se preocupaba de las vidas inocentes, los civiles o los daños materiales, pero las fuerzas de Helix Security, poco más que mercenarios, no eran mucho mejores. Los cohetes surcaban el aire y los edificios caían. La gente huía despavorida.

Mi visor insistía: había señales de vida en algún lugar por debajo de mí, pero no podía ver bien. En un acto de fe, bajé en picado entre las densas columnas de



humo. Sentí que se me irritaban los ojos, pero las lentillas lo filtraron poco a poco. Un destello de color pálido atrajo mi mirada a través de las capas de neblina y polvo. Activé el sistema de maniobra del Valkiria y volé directa hacia allí, tratando de mantener ese punto fijo en la mente mientras me sumergía en las sombras. En pleno descenso, cuando el humo empezaba a aclarar, volví a verlo: el contorno de una niña con camiseta blanca y cabello castaño oscuro. Me recordaba a muchos niños del pasado. Las batallas son todas iguales: soldados que luchan por la supervivencia, la victoria y la gloria, y personas inocentes aplastadas por sus botas.

Al verme, la niña me hizo señas desesperadamente con los brazos para llamar mi atención. Descendí rápidamente a través del humo y aterricé entre los escombros de los pisos superiores del edificio.

—No te muevas —dije—. ¿Tienes la pierna atrapada?

Asintió. Estaba resignada, agotada, y me miraba con desesperación.

Este tipo de escenas habían marcado mi infancia. Cuando la gente intentaba escapar de la desolación, las familias se deshacían. Recuerdo haber visto caer bloques urbanos en asaltos nocturnos por sorpresa. No se veían la luna ni las estrellas, solo las siniestras luces rojas y parpadeantes, y las figuras negras que, de algún modo, parecían incluso más oscuras que el cielo nocturno y que se difuminaban con cada explosión deslumbrante. No había tiempo para huir a los

refugios. Tenías que buscar cualquier sitio donde esconderte, si podías. El ruido era ensordecedor; el humo, asfixiante, y el miedo, sobrecogedor.

—Voy a apartar esto, ¿vale? Dame un segundo —dije tratando de transmitirle toda la calma posible.

Volvió a asentir con los ojos abiertos como platos.

Comencé a quitar los enormes bloques de hormigón que cubrían la mitad de su cuerpo. Habría estado bien contar con algo de ayuda. Winston, Reinhardt, Sojourn o Genji habrían sido idóneos para aquella tarea. Me acordé de Venezuela, donde tuvimos que ayudar a gente que había quedado atrapada tras una terrible tormenta. Jamás habría podido con aquellas rocas de no haber sido por el traje Valkiria.

—Eres... —empezó a decir. Su mirada evidenciaba que me había reconocido. Vi que cambiaba de postura y le puse la mano en el hombro para que no hiciese movimientos bruscos; no quería que la situación empeorase por culpa de la emoción y la adrenalina.

—Quien va a ayudarte —acabé su frase. Con un gruñido provocado por el esfuerzo, retiré otro trozo de pared y lo eché a un lado—. Ojalá estuviese aquí Reinhardt.

—¿Reinhardt?

—Un amigo mío —le expliqué—. Es grande y fuerte, y no se calla nunca — Mis alas se encendieron al sacar la última y pesada losa de hormigón. Ayudé a la chica a ponerse en pie. Su rostro era un paisaje de hollín y ceniza, surcado por un delgado río de lágrimas—. ¿Cómo te llamas?

—Hanan —respondió con timidez.

—Deja que te examine —le dije. Parecía insegura, pero se mantuvo quieta como una estatua mientras la bañaba con la onda de luz azul del escáner manual del Valkiria. No había fracturas. Parecía que se recuperaría: tenía unos cuantos cortes y abrasiones, y sangraba por algunos de ellos, pero nada que fuese a plantearme problemas a la hora de tratarla.

Recogí el bastón y me arrodillé a su lado. Al activar el flujo biótico, un sutil resplandor dorado surgió del bastón, brillante y delicado como un rayo de sol, y envolvió a Hanan. Unas lucecitas centellearon al tocar la piel de la niña como refulgentes motas de polvo en el aire. Al principio, se le iluminó la mirada; luego, se encogió como si hubiese acercado demasiado el brazo al fuego.

—Puede que queme un poco —comenté—. Avísame si no aguantas.

Asintió mientras seguía observando con cara de pasmo cómo se le cerraban las heridas.

—Es como magia —dijo.

—Es ciencia —puntalicé con una sonrisa—. Mucho mejor que la magia. ¿Has oído hablar de la tecnología nanobiótica?

—¿Algo como con... pequeñas máquinas? —Hizo un ademán delicado, como si hubiese una nube de insectos en el aire.

—No exactamente —dije, y, por un instante, me embargó la desilusión de constatar que una tecnología que podía haber revolucionado los cuidados sanitarios en todo el mundo era casi desconocida para la mayoría. Sin embargo, había cosas más importantes en aquel momento—. Luego te lo explico, pero primero tenemos que llevarte a un lugar seguro.

—¡No podemos irnos aún! —exclamó—. Mi hermano está atrapado dentro. ¡Tenemos que ayudarlo! Se ha ido todo el mundo. No querían esperar —Los disparos todavía resonaban en las calles. Entre el estruendo de las explosiones de los obuses resonaba el insoportable tamborileo de las armas automáticas. La situación seguía siendo extremadamente peligrosa y yo no quería exponer a Hanan más tiempo del necesario—. Por favor.

No podía dejar al niño allí. Traté de encontrarlo con el escáner del Valkiria, pero las interferencias eléctricas complicaban la identificación con el radar o la vista.

—No puedo dejarte aquí, así que vas a tener que venirte conmigo.

Asintió. El edificio en el que nos encontrábamos había recibido varios impactos. Me abrí paso como pude por la entrada y empezamos a bajar las escaleras. A medida que descendíamos hacia las entrañas del edificio, el humo se hacía más denso. Rasgué un trozo de tela de mi falda para improvisar una máscara para Hanan. Había gritos y alarmas por todas partes, y la zona seguía iluminada por luces intermitentes. Al abandonar la escalera para entrar en el vestíbulo, el suelo crujió. Atravesamos varios pasillos y, al aproximarnos, logré detectar otra señal vital. Nos separaba de ella una pesada puerta. Empujé con el hombro y la entreabrí.

Había un chico algo mayor que Hanan con una camiseta roja y una bufanda amarilla tirado en el suelo. Tenía el brazo doblado en una posición antinatural. Roto, pensé. Parecía perder y recuperar la consciencia de hito en hito.

—¿Eres tú, Hanan? —preguntó, pero tenía la mirada perdida y la dirigió hacia algún lugar del techo al oír nuestros pasos.

Hanan corrió hacia él y reprimió un sollozo, temiendo lo peor.

—Sí, soy yo. He traído ayuda.

—Eso es —dije, y me arrodillé a su lado—. Vamos a sacarte de aquí.

Me preocupaba que entrase en estado de choque. No podía moverlo hasta que mejorase un poco su situación. Un poco de sanación biótica lo sustentaría de momento. Como Hanan antes, quedó envuelto fugazmente por el flujo dorado del haz, pero, poco a poco, la luz se concentró en la zona del pecho. Una vez que su respiración recuperó un ritmo normal, me volví hacia su hermana.

—Vale, vamos a sacar a tu hermano de aquí —le dije.

Asintió. Su hermano me observaba con la mirada aterrada.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté mientras lo reconocía con el sistema de imágenes por sónar del Valkiria. El truco estaba en que no parase de hablar, que se centrase en otra cosa que no fuese su estado.

—Me duele —dijo tosiendo. Al encontrarse nuestras miradas, vi que se le abrían los ojos con sorpresa—. Eres Mercy. He visto imágenes tuyas.

—Efectivamente —No me molestaba. Era consciente de que, en momentos así, Mercy resultaba útil; en aquellas circunstancias, era algo a lo que Hanan podía aferrarse—. Así que no te preocupes, porque te voy a sacar de esta.

—A mis padres no les gustas demasiado —dijo con voz avergonzada.

—Entonces, cuando los veas luego, quizá puedas hablarles bien de mí, ¿no?
—respondí con una sonrisa.

Su expresión facial cambió, como si temiese haber dicho algo que me ofendiese.

—¡Pues claro! —dijo con voz seria y un gesto de asentimiento, a pesar de que cada movimiento, por pequeño que fuese, parecía causarle mucho dolor.

—Vale, esta es la situación: tenemos que sacarte de este edificio. ¿Crees que puedes caminar?

—Tal vez. Puedo intentarlo.

—Muy bien, no hay problema —comenté—. Vamos a ir despacio y con calma. Hanan y yo estaremos contigo en todo momento.

En ese momento, oí el inconfundible sonido de un obús de mortero que se aproximaba

—¡Al suelo! —grité.

Agarré a Hanan y salté con ella sobre su hermano para cubrirlos lo mejor posible con el cuerpo y las alas extendidas del Valkiria. La pared reventó con una tormenta de hormigón y cristales que repiqueteó contra mi armadura.

El techo se desplomó sobre mí. Sentí el impacto de los escombros, aunque fueron el relleno y la coraza protectora del traje los que se llevaron la peor parte del impacto. Cuando terminó y pude levantarme al fin, me apunté mentalmente que tenía que darle las gracias a Torbjörn por el excelente trabajo que había hecho con el blindaje del traje.

—¿Estáis bien?

No hubo respuesta, así que tuve que comprobarlo yo misma. El visor del traje estaba desactivado. Al ponerme en pie, oí un chasquido seguido por el chirrido de

una de las alas. Estaba rota. En cuanto a mí, me sentía como si acabara de recibir una paliza y notaba que el esfuerzo físico estaba empezando a pasarme factura. Hanan, acurrucada para protegerse, me miró con ojos horrorizados. Su hermano estaba inmóvil y sin conocimiento por culpa de la conmoción. Apenas se veía lo que había fuera. Era como si nos hubiesen sepultado en una tumba. Los sistemas del Valkiria estaban inactivos. Parecía que, a todos los efectos, estábamos atrapados.

Me sobrevino un sudor frío. Me sentía como si las paredes se cerrasen sobre nosotros. ¿Era esto lo que habían sentido mis padres en sus últimos momentos de vida, cuando bombardearon el hospital? ¿Estaban juntos? ¿Sabían siquiera lo que se les venía encima? Por su bien, esperaba que no. Pero no podíamos continuar allí. El edificio crujía como si estuviese agonizando. Por no hablar de los incendios. Asfixia. Aplastamiento. Otra explosión.

Solo había una escapatoria.

Me amarré el bastón a la espalda, levanté al muchacho con los brazos y eché a andar hacia la salida.

—Sígueme, Hanan. Y ten cuidado. —Me abrí paso por un pasillo y luego otro entre los agujeros del suelo. Cuando por fin nos aproximábamos a la entrada principal, varias explosiones más sacudieron el edificio y los muros comenzaron a chirriar—. ¡Corre! ¡Corre hacia la puerta! —le grité a Hanan.

El edificio iba a desplomarse.

Llevaba en los brazos al hermano de Hanan, cuyo nombre, comprendí en ese momento con una punzada de culpa, ni siquiera conocía. Avancé lo más rápido que pude por el suelo desnivelado, sorteando los huecos, pero era consciente de que no iba a conseguirlo. La pared se estaba derrumbando y el edificio con ella. Y el mundo entero. Intenté encontrar cualquier salida, pero no había ninguna. A veces, las cosas son más sencillas cuando no hay soluciones complicadas entre las que elegir. Lo único que podía hacer era tratar de salvar a quienes tenía a mi cargo.

Me arrojé sobre el hermano de Hanan mientras el edificio se desplomaba sobre mí y me empujaba contra el suelo.

El mundo se sumió en la penumbra.

Cuando volvió a hacerse la luz, oí una voz que me llamaba. Noté que alguien me quitaba un peso de encima. Debajo de mí, el hermano de Hanan... ¿Cómo se llamaba? El traje Valkiria insistía en que estaba bien, tan bien como cabía esperar, dadas las circunstancias.

—Hanan —dije, aturdida, pero no hubo respuesta.

Tosiendo, me levanté poco a poco en medio de una cascada de escombros. Un brazo fuerte me agarró. Era Morrison. Sin máscara, volvía a parecer humano. Su rostro estaba cubierto de polvo y hollín, a excepción de la zona que antes cubriera la máscara, y su chaqueta tenía nuevos agujeros.

—Angela, tenemos que salir de aquí —dijo.

—La chica —respondí entre toses.

—La tengo —dijo la voz de Ana desde la neblina de polvo mientras inspeccionaba la zona, tensa como un felino al acecho—. Es hora de irse.



El resto del día transcurrió en un borroso ajetreo: tuvimos que atender a un torrente de víctimas que habían quedado atrapadas en el fuego cruzado, incluidos policías, agentes de Helix y personal de urgencias. No había suficientes médicos, camas ni tiempo para todos. Al final de la jornada estaba agotada, adormecida y había sobrevivido únicamente a base de café.

Cuando por fin pude tomarme un descanso, el sol ya había rebasado el horizonte y el fresco de la noche se había instalado en el campamento. Jack y Ana vinieron a verme. No llevaban las máscaras, aunque, en mi mente, su recuerdo seguía muy vivo.

—¿A dónde os vais ahora? —les pregunté al ver sus grandes petates.

—Gabriel ha estado aquí. Tenemos que seguirlo —contestó Jack.

Yo ni siquiera había tenido tiempo para procesar lo que había visto en el campo de batalla o pensar lo que significaba.

—¿Ha sobrevivido? —pregunté, aunque en seguida me di cuenta de que era absurdo. Arrugué el semblante. Demasiada gente había muerto ya aquel día.

—Los viejos soldados nunca mueren —dijo Jack con un suspiro—. Gabriel lideró el asalto. Tenemos que seguir su pista antes de que desaparezca. Parece que está en algún lugar de Europa. Allí nos dirigíamos antes de desviarnos hacia aquí. Puede que visitemos a algunos viejos amigos.

—Pues que tengáis suerte. Espero que encontréis... lo que buscáis, sea lo que sea —dije.

—Podrías acompañarnos. Nos vendría bien tu ayuda —Por la forma de decirlo, era evidente que ni siquiera Morrison creía probable que aceptase.

—No puedo quedarme aquí, pero tampoco ir con vosotros —dije negando con la cabeza—. Nuestros caminos se separan.

—Ya veremos —Morrison asintió—. Buena suerte, Angela. Y gracias por los botiquines.

Sonrió y se despidió con un saludo militar informal antes de echarse el petate al hombro. Ana se quedó unos segundos más y ambas lo vimos marchar.

—Todos libramos las mismas batallas —comentó mientras me ponía una mano en el hombro.

—Nosotras no hemos librado nunca las mismas batallas, Ana —repliqué—. A mí ni siquiera me gustan.

—Es posible, pero luchamos igualmente. Puede que Jack haya perdido parte de su idealismo, pero sigue siendo tan terco como siempre —comentó con un suspiro—. Cuantas más cosas perdemos, más queremos aferrarnos a ellas.

—No puede luchar con el pasado. Tiene que ser consciente de ello.

—Creo que Jack siempre encontrará algo por lo que combatir. Lo necesita

—Entornó el ojo—. La guerra de nuestra generación ha terminado. Todas las generaciones tienen una. ¿Por qué luchamos? Por la sangre, por el dinero, por un rey y una nación, por la justicia o por aquello en lo que creemos, que no siempre está en el campo de batalla. Algunas guerras duran décadas, pero la nuestra acabó en un instante. Gabriel reunió nuestro equipo para salvar a la humanidad, pero no fue capaz de recomponerla después. Adawe y los demás pensaron que Morrison sí lo lograría. Desde luego, parecía estar a la altura: héroe de guerra, compasivo, valiente, político... Sin embargo, a fin de cuentas, no era más que un soldado, y los soldados solo conocen una forma de vida. No tenemos que cambiar el mundo, solo salvarlo.

—Para eso estamos aquí todos los demás.

Asintió con gesto de tristeza.

—Nunca supimos cómo dejar la lucha en manos de los que nos seguían. No estamos hechos para la paz. Después de esto —dijo señalándose el parche—, pensé que disfrutaría de una jubilación tranquila, pero aquí estoy. Tú, Lena, Sojourn y los demás veis las cosas de un modo distinto. Me parece que por fin lo entiendo algo mejor. Lo único que siempre quise fue dejar un legado que inspirase a los demás a seguir mis pasos.

—Entonces, ¿por qué no vuelves con Winston? La venganza de Jack no te incumbe.

—El idealismo es para los jóvenes, Angela —aseguró—. Intenta no juzgarnos con tanta dureza. Una vez que la gente te considera una heroína, no es fácil abandonar esa responsabilidad —Esbozó una sonrisa melancólica. No quedaba nada que decir. Al cabo de un instante, me dio una suave palmadita en el hombro y desapareció también en la oscuridad.

Nunca se me han dado bien las despedidas, pese a que mi vida había estado repleta de ellas, tanto tácitas como expresas. Las despedidas tácitas eran las más habituales y las que más me pesaban. Ahora que tenía una segunda oportunidad de decirles adiós, no había encontrado las palabras. Me despediría de ellos en sus

tumbas; una situación que me parecía más definitiva que la actual. No creía que volviera a verlos.



—Buen trabajo, Mercy —dijo Mahmoud cuando aparecí en la gran tienda que se había convertido en nuestra improvisada recepción para pacientes. Apartó la mirada de la pantalla un instante para saludarme y siguió tecleando rápidamente, enfrascado en su trabajo.

—No empieces.

—Lo siento —dijo, ligeramente escarmentado, pero con una sonrisa de bobo en los labios—. Sabes que llevo meses esperando para llamarte así.

—Espero que lo hayas disfrutado —dije, y suspiré—. ¿Puedes contarme lo que ha pasado con los niños a los que rescaté?

Tecleó unas cuantas veces.

—Siguen esperando a que los recojan.

Eso no me lo esperaba.

—¿Lo saben sus padres? —Eché un ojo a mi reloj y me percaté de que era mucho más tarde de lo que pensaba—. Ya han pasado varias horas.

Mahmoud puso cara de no querer responder a mi pregunta.

«Oh».

—Sus padres han muerto —dijo al fin—. Estamos tratando de localizar a sus familiares más cercanos.

En un tiempo lejano había sido yo la niña que esperaba a que volviesen sus padres. Aún recuerdo la voz del agente de policía que acudió a decírmelo, pero no su rostro.

—¿Dra. Ziegler? —preguntó Mahmoud—. ¿Estás bien?

Me di cuenta de que me había llevado un dedo a la comisura del ojo para secarme una lágrima por debajo de las gafas.

—Solo estoy cansada.

—Has hecho un gran trabajo. Esos chicos no habrían sobrevivido si no los hubieses encontrado y sacado de ese edificio.

—Alguien tenía que hacerlo —murmuré antes de salir, embargada de pronto por el asfixiante confinamiento de la tienda.

Bajo el crepúsculo que se había cernido sobre la meseta de Guiza, las hileras de las tiendas de tratamiento, dispuestas en cuadrícula con precisión militar, reflejaban los últimos retazos de luz mezclada con polvo desde sus lonas blancas. Eran como mastabas que, de algún modo, hubiesen sobrevivido intactas a milenios de viento, sol y tiempo. Los antiguos egipcios que ocupaban las tumbas cercanas lo habían dado casi todo en vida (y mucho más en la muerte) para alcanzar la vida eterna, pero en vano. En un espacio entre dos de las tiendas, vi a Hanan y a su hermano. Él estaba tumbado sobre un abrigo mientras ella, sentada a su lado, intentaba animarlo.

Se me vinieron a la mente las palabras de Ana. Era posible que, durante los últimos años, hubiese llegado a pensar que mi lucha había terminado en fracaso. Al evocar el momento en que decidí unirme a Overwatch, en la oficina de Morrison, me pregunté si volvería a recobrar aquel optimismo alguna vez. Pero sabía que el fuego que ardía en mi interior por aquel entonces aún seguía ahí. Las dificultades, la incertidumbre y la controversia habían carcomido esa vasta reserva de heroísmo que antes poseía, y puede que hubiera acabado por creer que se trataba de algo que, una vez agotado, no podía recuperarse. No obstante, hay que hacer frente a los desafíos y las crisis de cada día. De cuando en cuando, nuestro espíritu combativo decae, pero siempre regresa. Cuando vi a Hanan extender los brazos como unas alas, supe que mi lucha no había terminado.

Los héroes nunca mueren.







BLIZZARD[®]
ENTERTAINMENT